

cios de su existencia pasada¹, y, durante las persecuciones, los cristianos eran descubiertos por el respeto que mostraban hacia las leyes del pudor. Su caridad asombraba a los paganos. "¡Ved cómo se aman!"², decían sus enemigos.

No había en esto motivos suficientes para hacerse odiosos; a lo más, para hacerse despreciables. Pero la rabia implacable del pueblo deicida perseguía al Maestro hasta en sus discípulos, y, no pudiendo ser el verdugo de los cristianos, se hizo su delator. Por él oyó el Imperio por vez primera hablar de los disturbios que un tal Chrestus había suscitado entre los judíos³, y los procónsules se vieron en el dilema de decidir entre los cristianos y los que los acusaban ante sus tribunales. Estos magistrados, acostumbrados a encogerse de hombros ante las disputas internas de los judíos, creyeron al principio que sólo se trataba de una de aquellas efervescencias pasajeras, tan frecuentes entre los hijos de Israel; por eso se limitaron, desde luego, a despedir de igual manera a acusados y acusadores⁴. Pero las sinagogas gritaron tanto y tan fuerte, que acabaron por atraer la atención del público sobre los cristianos, y, como no se les conocía más que por lo que aquéllas decían, se aceptó inmediatamente lo que les atribuían.

Por eso los paganos consideraron en adelante al cristianismo como una de las formas, la más repugnante, de la superstición oriental. Nadie se dignó descender hasta él para estudiarle antes de juzgarle; fuera de Séneca, cuyo gran talento, inclinado con curiosidad sagrada hacia la nueva doctrina, ha conservado como un reflejo luminoso de ella, los moralistas romanos se conformaron con odiarla y despreciarla, dando crédito a lo que le achacaban los judíos. Veían en la Iglesia una secta impura e indigna de piedad, uno de esos productos monstruosos de la corrupción de las grandes ciudades, en donde vienen a verterse, como en una cloaca, las inmundicias de todo el universo. Eran los cristianos el oprobio del género humano y merecían por parte de éste el odio que les tenía. Así habla Tácito, y todos sus contemporáneos repiten sus acentos de aversión y de disgusto, sin que el corazón generoso de un Marco Aurelio o la razón privilegiada de un Epicteto hayan tenido para ellos más piedad o más justicia. Tiranos execrados como Nerón y Domiciano pudieron permitirse atrocidades inauditas contra los cristianos, sin que surgiera protesta alguna en nombre de la humanidad ultrajada en esos desgraciados. "¿Es acaso tan pura la sangre que ha corrido?"

¹ S. JUSTIN., II *Apolog.*, c. 2.

² TERTULL., *Apolog.*, c. 39.

³ SUTTON., *Claud.*, c. 25.

⁴ *Act. Apost.*, XVIII, 14.

repiten orgullosos los representantes de la conciencia, prontos a absolver a los Emperadores mientras se contenten con cebarse en los cristianos.

Es fácil imaginarse cuál sería el ánimo de la multitud respecto a estas gentes a las que se presentaba como malvados, desesperados y capaces de todo; sacaba partido contra ellos hasta de su propia virtud, que no era, a su modo de ver, sino hipocresía, así como el misterio con que tenían necesidad de esconderse no era para los paganos sino el velo tras el que ocultaban sus monstruosidades. En un mundo prosternado ante millares de divinidades, el cristianismo ofrecía, según se decía, el espectáculo de una secta de ateos que, como sucede siempre, suplantaban a la religión con supersticiones tan absurdas que irritaban. Estos orgullosos despreciadores de los dioses adoraban, según decían sus detractores, a un asno, y el pueblo en que Anubis y Apis contaban con millares de adoradores, se satisfacía con caricaturas que representaban al Dios de los cristianos con orejas enormes y con cascos. Amargo sufrimiento sería, sin duda, para los fieles de entonces oír cantar en la calle o ver emborronar las paredes con estas blasfemias inmundas, continuación secular de la escena del pretorio. Aun hoy, al excavar los restos del mundo pagano, parece como si se sintiese algo de esa amargura santa cuando, entre tanto resto impuro, se encuentra el de las salivas que Roma, a ejemplo de los judíos, escupió sobre la faz del Salvador. ¡Con qué emoción se remonta la memoria a aquel joven cristiano llamado Alexameno, que crecía en el *paedagogium* del Palatino, y que, en medio de los sarcasmos de sus compañeros, adoraba resueltamente al Dios que rompe los hierros de los esclavos! Nada sabríamos de él sin el grafito que le representa en pie, en actitud de orar, ante un hombre con cabeza de asno y crucificado, y con esta inscripción: *Alexameno adora a su Dios*. ¡Oh joven dichoso, tu oprobio se ha convertido en tu gloria, y tu fe irradia siempre por encima de la parodia sacrílega que nos ha conservado tu nombre!

Pero los enemigos de los cristianos añadían que estos sectarios eran todavía más odiosos que ridículos. No sin razón ocultaban a todas las miradas, con celo tan especial, el acto más sagrado y solemne de su culto; respecto a él se contaban todas las atrocidades imaginables. Según el decir impuro de los calumniadores, el banquete eucarístico era una comida canibalesca en que se devoraba a un niño vivo, y a la ceremonia más santa y pura que jamás haya consolado al alma humana la representaban como una orgía en

que el incesto y el adulterio sellaban en las tinieblas un pacto monstruoso entre los adoradores del asno. Los cristianos, en una palabra, forzaban a la sociedad pagana a remontarse hasta sus más lejanos recuerdos mitológicos para encontrar en las fábulas de Edipo y de Tiestes algo que igualase en infamia a sus fiestas religiosas. No ha de extrañar que semejantes monstruosidades fueran verosímiles si se recuerda lo que sucedía en los misterios de ciertos cultos; pero que fuesen toleradas a los sectarios de éstos, mientras se las echaban en cara a las únicas gentes incapaces de ellas, es un fenómeno del que justamente hay que extrañarse, aunque no sea único en la historia del cristianismo.

Por esto era inevitable que seres tan indignos de vivir atrajeran la cólera de los dioses sobre la sociedad que los aguantaba en su seno. ¿Qué otra explicación habría que buscar a las calamidades públicas? Ahí estaban los cristianos, únicos responsables de todo lo malo que le ocurría al Imperio. No había inundación, carestía o guerra desastrosa sin que las calles de las grandes ciudades resonasen con el siguiente grito lanzado por millares de bocas: “¡Mueran los ateos!”, o “¡Los cristianos... a los leones!” Los magistrados no se atrevían a contrariar estas reclamaciones impetuosas de un populacho calenturiento, y los cristianos acusados sólo encontraban Pilatos donde creían hallar jueces “No es a mí —decía el magistrado a San Policarpo— a quien hay que persuadir, sino al pueblo”¹. El mismo Trajano no se permitió otro lenguaje, y el verdadero sentido del célebre rescripto que dirigió a Plinio el Joven es éste: “No hay que perseguir a los cristianos, porque son inocentes; pero hay que castigarlos cuando son denunciados, porque la opinión pública lo exige así”. Esto era abrir completamente la puerta a las denuncias y convertir a la justicia en instrumento envilecido de las pasiones populares. Así, puede decirse que durante el siglo II las persecuciones no tuvieron otro origen que el furor de la plebe, sedienta de sangre cristiana.

¿A qué móvil obedecía, sin embargo, este populacho cuando, entre tantas sectas extranjeras que rivalizaban en infamias, sólo escogía a los cristianos como víctimas de sus arrebatos fanáticos? ¿Era por horror a los festines de carne humana, o para vengar las leyes de la moral ultrajada, por lo que abandonaba las suaves distracciones del anfiteatro y las castas representaciones del teatro cómico, para correr a exterminar a los sectarios de Jesucristo? Nada de eso. Lo que detestaba en los cristianos era precisamente el que censuraran

¹ *Martyr. Polycarp.*, c. 10.

sus vicios favoritos; lo que aborrecía del cristianismo eran las virtudes mismas, en cuyo nombre se desataba contra él. Esa plebe, sumergida deliciosamente en el cenagal de las voluptuosidades, ebria de juegos y harta de pan blanco, olfateaba a los demoledores del placer en aquellos hombres con aspecto de luto, cuyas costumbres austeras y existencia recogida eran una protesta silenciosa contra el perpetuo carnaval de la vida romana. Dábase cuenta del peligro que significaba su número siempre creciente y el contagio de sus ejemplos; entreveía vagamente y con el consiguiente horror que, en caso de que esos cristianos se impusieran, la sociedad quedaría sin juegos, sin festines, sin dádivas, sin orgías y sin todo lo que daba algún atractivo a la vida.

La actitud de los cristianos no se preocupaba por disipar estos temores. Aun en ambientes menos corrompidos que el de Roma, hubieran llamado la atención por su indiferencia para con los intereses y las ocupaciones del siglo. Esta indiferencia llegaba a ser, en las condiciones en que vivían, separación y casi aversión, pues no sólo se apartaban con horror de los templos de los falsos dioses y de las ceremonias del culto idolátrico, sino que evitaban con el mismo cuidado las numerosas reuniones que en la sociedad antigua vertían tan a menudo la vida privada en el torbellino de la vida pública. Apenas si se dejaban ver en las termas, y jamás se los veía en las piscinas comunes donde se encontraban ambos sexos. Huían de los juegos públicos, elementos indispensables de la felicidad de los romanos; no encontraban satisfacción en el recinto ruidoso del circo, con sus carros pintados de mil colores y sus espectadores innumerables que estallaban en gritos y en aplausos entusiastas; dejaban que los paganos se aglomerasen en las gradas del anfiteatro, y, si los cristianos figuraron alguna vez en éste, sólo fué para morir. La Iglesia les aconsejaba que no entrasen en tales templos de lujuria, donde se ultrajaba igualmente al pudor y a la compasión; es más: rechazaba de su seno a los que vivían de los juegos públicos o hacían de ellos su profesión.

Pero no era esto sólo. Repudios casi tan graves pesaban sobre muchos oficios que el cristiano no podía ejercer sin participar en la inmoralidad pagana o, al menos, sin exponerse gravemente a tal peligro. Las artes plásticas estaban casi totalmente consagradas a la glorificación de la idolatría; la enseñanza de las bellas letras era imposible sin estudiar con complacencia aquella mitología impura; las funciones públicas exigían que el funcionario participase en las ceremonias del culto oficial; el oficio de las armas sobre todo, sin

contar lo que de por sí tenía de cruel, había conservado en muchos de sus ritos un carácter profundamente pagano. Todas estas formas de la actividad humana y todas estas fuentes de relaciones sociales eran evitadas por el cristiano, quien, encerrándose en sus abstinencias, terminaba por acostumbrarse a ellas y aprender insensiblemente a prescindir de un mundo para el que no quería contar. No se le encontraba, por así decir, en parte alguna; ni aun en los tribunales, ya que cuando tenía litigios con algunos de los suyos, prefería recurrir al arbitraje pacífico de su obispo. Si había iluminación con motivo de alguna fiesta religiosa nacional, su casa quedaba a oscuras en medio de calles cuajadas de luces, y su puerta, privada de la corona de laurel que adornaba los otros umbrales, revelaba a uno de aquellos hombres que no querían regocijarse con los demás ciudadanos, y que quizá hasta renegaba en secreto de la felicidad universal. La austeridad de su vida se convertía así en peligrosa, y su tristeza habitual denunciaba públicamente su cristianismo.

En una palabra, en la actitud de los cristianos todo parecía pre-dispuesto para chocar con la opinión pública y herir el sentimiento nacional. No cabía ya engañarse acerca de la gravedad de este fenómeno, muy digno de inspirar serias inquietudes a los hombres de Estado. Era manifiesto que los cristianos formaban una sociedad aparte de la sociedad nacional, y que la suya adquiría cada vez mayor importancia y era rebelde a toda especie de absorción o de asimilación. Estas masas compactas y serenas, que atravesaban por el Estado sin concederle ni una mirada, iban evidentemente en dirección opuesta a la de la civilización romana; se estaba asistiendo a la separación silenciosa e irrevocable de la plebe cristiana, mucho más temible que la del Monte Sacro. Por más que la Iglesia protestase de su sumisión a las leyes, de su obediencia al poder y de orar por la patria y por el Emperador, no dejaba de ser el germen vivo de un mundo nuevo que no podía crecer ni desarrollarse sino en detrimento del antiguo.

Esto es lo que debían entrever con mayor o menor claridad los espíritus que se preocupaban del problema social, y los acontecimientos mismos vinieron a abrir los ojos de los menos perspicaces. El día en que se vió que los cristianos rehusaban ofrecer sacrificios al Emperador y que declaraban con firmeza tranquila que en el César sólo veían un hombre y que reservaban el culto exclusivamente para Dios, fué cuando se descorrieron todos los velos y apareció en toda su profundidad el abismo que había entre el cristianismo y el Imperio. Jamás se había atrevido nadie, en nombre de incompre-

sibles derechos de conciencia, a sustraerse al cumplimiento de ese su deber más imperioso para con la patria; eso era un crimen premeditado de lesa majestad. Al dar por primera vez ese escándalo, la Iglesia cristiana se señalaba a sí misma como una secta revolucionaria y presentaba a sus miembros como conspiradores cuya audacia había que reprimir, si es que interesaba algo la salvación pública. En cuanto esta convicción penetró en la atmósfera política, las persecuciones tomaron nuevo carácter y se convirtieron en verdadera guerra de exterminio.

Esta guerra duró más de medio siglo —desde Decio hasta Diocleciano— con encarnizamiento desconocido hasta entonces. No eran ya las muchedumbres fanáticas y sedientas de sangre las que pedían la muerte de los cristianos; eran los mismos soberanos los que tomaban la iniciativa de las persecuciones por las citadas razones de Estado. A las explosiones momentáneas del furor popular contra el nombre cristiano sucedió una persecución fría y tenaz que disponía de todos los recursos de la máquina pública y que procedía con arreglo a métodos sabios y refinados. Se propuso herir al cristianismo en la cabeza, es decir, en su jerarquía; lo despojó de todo carácter legal; descendió por primera vez a sus cementerios, que confiscó; evitó imponer a los fieles aquellas penas aparatosas en que aparecían como triunfadores, pero los sometió a una multitud de pruebas calculadas hábilmente para provocar su caída y hacerlos parecer deshonrados. Recogió de entre el fango de las generaciones precedentes las viejas calumnias que el vulgo comenzaba ya a no creer; hizo que las confirmasen ciertas cortesanas que declaraban haber sido antes cristianas y que contaban las atrocidades que habían presenciado en las asambleas. Daba caza activa a los libros sagrados y, en general, a todos los monumentos literarios de la Iglesia, que destruía mediante el fuego. Tenía, además, asalariados a falsarios, que labraban actas apócrifas, y esparcía profusamente estas producciones odiosas en las provincias y hasta en las escuelas, donde se las hacían aprender de memoria a los niños¹. En una palabra, ahogar a la Iglesia en sangre, o al menos asfixiarla en el fango, fué el *delenda Carthago* del Imperio en este duelo gigantesco con un enemigo más peligroso que todas las flotas púnicas.

La Iglesia cristiana soportó el peso de la enemistad romana sin cesar; no había buscado la guerra, pero la aceptó tranquilamente como condición de su existencia. Fiel a sí misma y a su Dios, continuó respetando el poder establecido, aunque negándose siempre a ren-

¹ EUSEB., *Hist. eccl.*, IX, 5 y 7.

dirle culto divino, y, por lo demás, vió correr su sangre gozosamente. Durante tres siglos fué el espectáculo de los hombres... y de los ángeles; triunfaba con sus derrotas; sus heridas la fortalecían, su muerte la resucitaba. La sociedad imperial la contemplaba con la admiración ingenua que siente el vicio ante el brillo del heroísmo, y se sentía vencida por sus víctimas y humillada por sus castigos. A aquellos locos criminales que soñaban con destruir la felicidad romana y sustituirla con un ideal imposible y absurdo, nadie podía negarles la energía indomable de sus convicciones y el valor admirable con que sabían defenderlas.

Su actitud ante los jueces tenía algo de magnífico y de sobrehumano; jamás se habían oído en ningún pretorio acentos semejantes a los suyos. Lejos de tratar de negar su delito, se gloriaban de él, y el único castigo que parecían temer era el de no sufrir ninguno. Proclamaban con delicia la imputación de cristianos por la que se los perseguía; la repetían como un grito de alegría y de amor en lo más fuerte de los tormentos más atroces, y a menudo se desarrollaba un interrogatorio entero sin que el juez les hubiese arrancado más que esta frase única y altiva: ¡Soy cristiano!

A las preguntas que se les dirigía sobre su patria, su familia y su condición social, se complacían en responder con lenguaje oscuro e ininteligible que parecían utilizar a propósito para hacer resaltar mejor la posición entre ellos y el mundo. "Mi verdadero padre es Cristo —decía un mártir— y mi madre la Fe, por la que creo en Él." "Soy esclavo de Jesucristo", afirmaba un ciudadano libre. "Soy libertero de Cristo", decía un esclavo. "Mi patria es Jerusalén", añadía un mártir egipcio¹. Y el juez, desesperanzado de encontrar sentido razonable a este lenguaje místico, pasaba adelante y abordaba inmediatamente la cuestión de la abjuración.

En general, no se exigía del cristiano que renegase del nombre a que tan apegado estaba, ni que blasfemase de los misterios sagrados de su fe: todo lo que se le exigía era que hiciese acto de buen ciudadano ofreciendo sacrificios al Emperador o jurando por su nombre. El Estado, despreciando orgullosamente los profundos fenómenos de la vida moral, se contentaba con esta muestra de adhesión externa que le ofrendaban sin recelo multitud de incrédulos. Sólo los cristianos se negaron a cargarse con tal mentira, proclamando a un dios en quien no creían, ni con tal sacrilegio, renegando con sus labios de Aquél a quien adoraban en el fondo de su corazón. Se originaron así escenas en que se da la oposición más extremada entre

¹ *Acta Martyrum*, págs. 44, 46, 51 y 144 (Ruinart).

los principios de la Iglesia y los del cesarismo, y era frecuente oír diálogos como éste entre el juez y el cristiano:

—Tienes la obligación de amar a nuestros príncipes.

—¿Y quién ama más al Emperador que sus súbditos cristianos? Nosotros oramos continuamente por él; pedimos a Dios que tenga un reinado largo y pacífico y que gobierne a sus pueblos conforme a leyes justas. También rogamos por el ejército y por la salvación del Imperio.

—¡En buena hora! Pero para que el Emperador tenga pruebas más claras de tu fidelidad, vas a ofrecerle un sacrificio con nosotros.

—Yo honro al Emperador y hago votos por él, pero no puedo ofrecerle sacrificios, pues sólo adoro al Dios omnipotente, creador del universo.

—Las leyes te prescriben que adores a nuestro divino Emperador.

—Mi Dios me prohíbe practicar culto alguno que no sea el suyo.

—Tienes la obligación de obedecer las leyes.

—Antes debo obedecer a Dios que a los hombres"¹.

Esta última frase era el argumento victorioso que cortaba en el terreno de la justicia el debate entre el mundo antiguo y el nuevo; desde los días de San Pedro era la respuesta invariable de la conciencia cristiana a las intimidaciones de la fuerza, y, una vez salida de los labios del mártir, quedaba terminada la discusión teórica.

Se abría entonces otra, para la que el juez se encontraba mejor armado, y mediante la cual se esforzaba en violentar la voluntad después de haber intentado en vano convencer a la inteligencia. Unas veces atenuaba todo lo posible el acto de idolatría que se esperaba del cristiano: unos cuantos granos arrojados sobre un altar, una simple invocación, el silencio mismo bastaba. ¿Qué mal había en esto? ¿No era bien extravagante esa obstinación en rehusar una clemencia que se contentaba con tan poco?

Otras veces se intentaba sorprender el corazón ostentando una solicitud y una piedad casi paternas para con los acusados. Se les conjuraba en nombre de su propia salvación, se evocaba el recuerdo de sus seres más queridos, a los que se hacía comparecer en audiencia, sometiendo al mártir a la prueba durísima de escuchar a veces la voz suplicante del padre de blancos cabellos o de la esposa tiernamente amada unidas a la del magistrado para presentarle la apostasía como un deber.

Por fin, cuando todo se había estrellado contra la inflexibilidad de su conciencia, el juez recurría al último argumento: las torturas.

¹ *Acta Martyrum*, págs. 78, 128, 139, 144, etc. (Ruinart).

¡Se habría contentado con deber a la debilidad de la carne lo que la voluntad libre había rehusado desdeñosamente! Pero rara vez lograba tal triunfo. Los atletas de Cristo eran invencibles: lo mismo sabían resistir a las violencias de los verdugos que a las argucias de los sofistas y a las lágrimas de sus familiares. Sonreían en medio de los tormentos más espantosos y miraban como si no fuesen suyos aquellos cuerpos desgarrados por los garfios. “Había otro en ellos —decían— que sufría en lugar suyo”¹.

Se engañaría mucho, empero, quien creyese que sólo sabían entregar su sangre. Vueltos a presencia del juez, su superioridad en la controversia no era inferior a su firmeza durante los tormentos. Aquellos ignorantes respondían como filósofos; aquellos miserables se expresaban en lenguaje lleno de gracia exquisita, al que ni siquiera faltaba su pizquita de sal; no se dejaban desconcertar por las objeciones ni extraviar por los sofismas: brillaba en sus respuestas una maravillosa presencia de ánimo, y en sus labios resonaban las palabras sublimes en medio de las angustias del interrogatorio. “Castigáis con vuestras leyes lo que adoráis en vuestros dioses”, decía un mártir a su juez. “Vuestros dioses valen menos que vosotros —replicaba otro—, ¡y queréis que se les adore!” San Pedro Bálsamo, extendido sobre el banco de torturas, había resistido a todos los esfuerzos del verdugo, y el juez, dándole un momento de descanso, le dijo: “¿Ofrecerás ahora el sacrificio?” —“Traed los garfios de hierro”, contestó el santo. Una viuda joven, de Licia, llamada Teonila, había sido sometida desnuda a la tortura: “No es a mí sola —dijo al juez—, sino a tu madre y a tu hermana a quienes cubres también de oprobio en mi persona, porque el pudor es un bien común a todas las mujeres.” Un chistoso de poca gracia se burlaba de las cadenas de San Pionio, diciéndole: —“¿Por qué llevas esos anillos?” —“Para que no se pueda creer —le contestó— que voy a ofrecer sacrificios a tus dioses.” Las actas de los mártires están llenas de frases semejantes, que dejan muy atrás a los rasgos más admirados del heroísmo antiguo. El Maestro, fiel a su promesa, ponía en los labios más humildes acentos plenos de fuerza y de verdad cuando llegaba la hora de dar testimonio de Él².

El desenlace uniforme de las escenas terribles y sublimes del pretorio era la sentencia de muerte. Los confesores la acogían con estremecimientos de alegría. Volvían a su calabozo como en triunfo, exaltados por el sagrado entusiasmo del martirio. Como el Apóstol de las gentes, alcanzaban el término de su carrera después de haber

¹ *Ibid.*, pág. 93.

² *Acta Martyrum*, págs. 127, 147, 197, 282 y 365 (Ruinart).

luchado valientemente por su fe, y saludaban a la corona de justicia que les esperaba. A los ojos de sus hermanos, una majestad sin igual rodeaba a estos elegidos en los que el Señor iba a padecer de nuevo. Su prisión se convertía en punto de cita para los fieles; acudían allí para rezar y leer con ellos los libros sagrados, para besar sus santas cadenas e inspirarse en sus palabras y sus ejemplos. La Iglesia se felicitaba de su constancia; la voz de los obispos se elevaba para proclamar su gloria, y la conciencia popular veneraba en ellos anticipadamente a ciudadanos de la patria celestial, a intermediarios entre la tierra y el cielo. Así, por emotiva derogación de la severidad de la disciplina, se les reconocía la facultad de dispensar a los penitentes, aplicando a aquellos pobres pecadores la superabundancia de sus méritos.

Llegaba por fin el día del triunfo supremo, es decir, el de la muerte. Ante los ojos de millares de espectadores, llegados para gozar de su agonía, el mártir cosechaba las palmas de la victoria en medio de tormentos que apenas nos podemos imaginar, y sufriendo, según la expresión de un documento de entonces, todo lo que puede sufrir la naturaleza humana. Tales espectáculos eran del agrado de la plebe, y tenía ésta a menudo la ocasión de gozar de ellos; pero cuando eran dados por los cristianos, contaban con alicientes nuevos e inesperados, pues lo más extraordinario de estos suplicios no era la atrocidad de los tormentos, sino la constancia inaudita con que los soportaban. Ni una imprecación, ni un grito de cólera se escapaba de sus labios, que no se abrían más que para alabar a Dios y glorificar una vez más el nombre de Jesús. Simples esclavos triunfaban como semidioses en medio de las llamas impotentes; débiles mujeres soportaban, como jugando, sufrimientos cuya sola narración horrorizaría; hasta los niños parecían conquistar la fuerza de la edad madura al contacto de la mano de los verdugos.

Los paganos, que se complacían en ver a sus víctimas morir con gracia, se estremecían de rabia ante estos efectos asombrosos de la gracia cristiana. Sus filósofos se sentían humillados por la fuerza de ánimo que desplegaban estos “criminales vulgares”; no podían perdonarles que venciesen a sus verdugos y que mostrasen en los tormentos una fortaleza que la filosofía no daba a sus adeptos. Con la hipocresía propia de los perseguidores les reprochaban su muerte teatral, al mismo tiempo que los hacían perecer en los teatros, como si su suplicio debiese servir de diversión al pueblo sin que su heroísmo le sirviese también de lección¹. No veían que al hacer de la muerte

¹ MARC. AUREL., XI, 3. *Epict. Diss.*, IV, 7.